

XXIX

LA MUERTE DEL REY LUIS

Luis Napoleón se había evadido de la fortaleza de Ham en la mañana del lunes 25 de mayo de 1846. Ocho horas después hallábase en Bélgica, y doce más tarde en Inglaterra. En el momento de llegar á Londres se cruzó en la calle con lord Malmesbury, que paseaba á caballo, y por la noche, á la hora de comer, el lord se encontró con uno de los agregados de la embajada de Francia.

— ¿Le habéis visto?, preguntó.

— ¿A quién?

— A Luis Napoleón; acaba de llegar á Londres.

El joven diplomático se levantó al punto de la mesa, y apresuróse á ir á comunicar la noticia á su jefe, el conde de Sainte-Aulaire.

El primer pensamiento del fugitivo, una vez libre, fué para su padre, á quien escribió desde Londres el 27 de mayo: «Querido padre: El deseo de veros otra vez me ha inducido á intentar lo que jamás habría hecho á no mediar esta causa. He burlado la vigilancia de cuatrocientos hombres y me hallo en Londres sano y salvo. Aquí tengo amigos poderosos, y voy á utilizarme de ellos á fin de que me sea dado ir á reunirme con vos. Haced cuanto os sea posible, querido padre, para que yo pueda veros pronto. Mis señas son: Conde de Arenenberg, Brunswick hotel, Jermyn street, London.»

Al mismo tiempo el príncipe dirigió la carta siguiente al embajador del rey Luis Felipe: «Muy señor mío: Considero como un deber anunciaros mi evasión del fuerte de Ham y mi llegada al suelo hospitalario de Inglaterra. He sufrido seis años de cautividad sin quejarme, porque deseaba probar con mi resignación que era digno de mejor suerte; pero como mi padre, anciano y achacoso, deseaba verme por última vez en este mundo, pedí al gobierno francés permiso para ir á Florencia, asegurándole que mis intenciones eran pacíficas y ofreciéndole todas las garantías que el honor me permitía dar. El gobierno francés fué inexorable, y por lo tanto me evadí. Ahora que estoy libre, me apresuro, caballero, á daros la seguridad formal de que si he abandonado mi prisión no es para ocuparme de política ni con ánimo de perturbar el reposo de que Europa disfruta, sino únicamente para cumplir con un deber sagrado.»

La piedad filial del príncipe le había impulsado á consumir un acto que tenía algo de milagroso; él mismo estaba sorprendido del éxito de su evasión y

daba gracias á la Providencia. El 1.º de junio de 1846 escribía á M. Vieillard: «Aquí me han recibido muy bien. Es verdaderamente preciso hacer justicia á los ingleses, que tienen un carácter muy independiente. Ayer fuí á una deliciosa quinta á orillas del Támesis, y cuando recordé que ocho días hace meditaba con Conneau, en lo alto de la muralla, sobre el asunto de mi evasión, me parecía soñar.» Y el 6 de junio escribió: «La agitación me hace mucho bien; pero aún no me he repuesto del temor que tenía de no alcanzar mi objeto. Cuando recuerdo que el guardián, los soldados y los obreros me miraban de pies á cabeza, me estremecí al pensar en un tercer descalabro.»

Mientras que el príncipe multiplicaba sus diligencias para obtener un pasaporte que le permitiera ir á reunirse con su padre en Toscana, el infortunado anciano, á quien no quedaban más que algunos días de vida, esperaba con una impaciencia llena de angustia al único hijo que Dios le había dejado. El único deseo del moribundo era volver á ver antes de morir á aquel hijo en quien concentraba todo su afecto; pero á este deseo oponíanse obstáculos insuperables. M. Fernando Giraudeau ha observado justamente: «El derecho de circular en libertad al que nos hemos acostumbrado, no se concedía entonces á todo el mundo; y los que se ponían en camino sin llevar sus papeles en regla no iban muy lejos. Si ahora nos paseamos por todas partes, ó poco menos, sin pasaportes en el bolsillo, es porque en aquella época, habiendo sufrido cruelmente por semejante traba, Luis Napoleón decidió suprimirla apenas llegase al poder, resolución que puso por obra, induciendo á la mayor parte de los demás gobiernos á seguir su ejemplo.»

Todas las tentativas del príncipe para obtener su pasaporte fueron inútiles. La embajada de Francia en Londres se negó en absoluto á recibirle; el embajador de Austria, que era al mismo tiempo encargado de negocios de Toscana, le contestó: «No sois súbdito austriaco ni toscano; para nosotros sois extranjero, ó más bien sospechoso, como antiguo carbonario, y no es á nosotros á quien debéis dirigir vuestra petición.» El gran duque de Toscana le envió á decir que no le toleraría ni veinticuatro horas en sus Estados.

Entretanto, el infortunado rey Luis esperaba á su hijo con febril impaciencia, contando los días y las horas, pero ¡ay!, bien inútilmente. Pocos tuvieron tan triste suerte como el antiguo rey de Holanda. Nacido en Ajaccio el 2 de septiembre de 1778, solamente contaba treinta y un años cuando fué destronado; desde entonces vivió en el retiro y en un destierro, interrumpido tan sólo durante algunas semanas, en 1814, cuando la invasión. Tan afligido por las desgracias de su patria como por las suyas propias, arrastró en tierra extraña una existencia oscura y triste. Rey sin trono, esposo desgraciado, habiendo perdido dos de sus tres hijos y obligado á vivir lejos del único que le quedaba, veía todas las cosas humanas bajo el aspecto más sombrío. De sus efímeras grandezas no conservaba más que un recuerdo lleno de amargura. El lamentable estado de su salud le había comunicado un carácter lúgubre y las más ligeras con-

triedades afectábanle tanto como las mayores catástrofes. Antiguo piloto retirado, veía con más asombro aún que dolor á su atrevido hijo arrostrar las tempestades con el corazón alegre, y aventuras como las intenciones de Estrasburgo y de Boulogne parecíanle culpables quimeras, inexcusables locuras. Sin embargo, sentía más compasión que enojo por su temerario hijo; su severidad se había dulcificado, y el motivo que inspiró la evasión de Ham conmovió profundamente su corazón de padre. La Providencia le rehusó la realización de su último deseo, y murió triste y solo en Liorna el 25 de julio de 1846, sin haber podido dar el último adiós á su hijo y bendecirle.

El rey Luis legó á la ciudad de Amsterdam todos los bienes que en ella poseía, manifestando el deseo de que la renta se emplease en aliviar á las víctimas de las inundaciones anuales. También hizo legados de bastante importancia á su hermano el rey Jerónimo, á los tres hijos de este príncipe y al hijo de Luciano Bonaparte, príncipe de Canino. Su testamento terminaba así: «Dejo todos mis demás bienes, mi palacio de Florencia, mi gran dominio de Civita-Nuova, etc., todos mis bienes muebles é inmuebles, acciones y créditos, y en fin todo lo que en la época de mi muerte constituya mi hacienda, á mi legatario universal Luis Napoleón, único hijo que me queda, y á cuyo hijo y heredero dejo también, como testimonio de mi afecto, mi *Dunkerque*, colocada en mi biblioteca, con todas las condecoraciones de órdenes extranjeras y todos los recuerdos que contiene. Como testimonio más particular aún de mi cariño, le dejo asimismo todos los objetos que pertenecieron á mi hermano el emperador Napoleón, los cuales se hallan cuidadosamente encerrados en el pequeño mueble destinado á este objeto.»

A Luis Napoleón le afligió vivamente no haber podido cerrar los ojos á un padre á quien veneraba y con el cual tenía más de una semejanza física y moral.

El rostro del rey Luis no recordaba en nada el de su hermano el emperador; sus ojos expresaban la mayor dulzura, y su fisonomía la bondad. Los retratos del rey que se hicieron en la época del primer Imperio y que se hallan, unos en los museos de Holanda y los otros en los áticos del palacio de Versailles, demuestran la semejanza que existía entre las facciones del rey y las de Luis Napoleón. Los caracteres de uno y otro presentaban igualmente ciertas analogías: así en el hijo como en el padre notábase propensión á la melancolía, mezcla de frialdad y afabilidad, é inclinación pronunciada á la literatura, á los sueños humanitarios y á las utopías generosas.

El rey destronado quiso ser literato, prosista y poeta, y escribió mucho. Ya en 1800 hizo publicar una novela en tres tomos, titulada *María ó las penas del amor*, de la cual se dió á luz una segunda edición en 1814 bajo el título de *María ó las holandesas*. En 1819 mandó publicar los *Documentos históricos sobre el Gobierno de Holanda*, que tienen verdadero valor; en 1820, una *Historia del Parlamento inglés*; en 1825, un *Ensayo sobre la versificación*, en el que propo-

nía hacer la lengua francesa prosódica, como la lengua latina, lo cual permitiría suprimir la rima, y en 1828 una colección de poesías y una respuesta á la *Historia de Luis Napoleón*, por Wálter Scott. En ciertas obras del rey Luis hay proyectos utópicos, así como en el libro de su hijo sobre la *Extinción del Pauterismo*. Citemos el pasaje de la novela *María ó las holandesas* en el que el antiguo soberano describe bajo el velo de la ficción un país según su ideal, gobernado paternal y despóticamente á la vez, donde los casamientos se regulan por la autoridad superior, y donde numerosas corporaciones de doncellas enfermeras cantan los días de fiesta.

Si se pueden reconocer entre el carácter del rey Luis y el de Napoleón III ciertas analogías, se deben notar, por otra parte, grandes desemejanzas. El segundo emperador era mucho más ardiente, mucho más ambicioso y más temerario que el antiguo rey de Holanda; tenía más encanto y seducción personal; sabía conciliarse mejor las buenas voluntades y la fidelidad, y tenía en su estrella una confianza que le faltaba completamente á su padre. Siempre triste, enfermo y desengañado, el rey Luis soportaba la vida como una carga, sin aspirar más que al reposo material y moral. Su hijo, hombre de acción, ávido de aventuras, dominado por la pasión del poder y jugador político infatigable, no se desanimó ni por Estrasburgo ni por Boulogne, ni aun por Sedán. Después de perder una partida formidable, aún soñaba en buscar el desquite. Seguramente no eran los ejemplos de su padre, aquel filósofo tan resignado, los que le inspiraron tal tenacidad en sus proyectos y tal tesón en probar fortuna.

Creemos que ningún historiador ha resumido tan bien como M. Alberto Reville la carrera y el carácter del hermano del emperador Napoleón. Los estudios publicados por él en 1870, en la *Revista de Ambos Mundos*, bajo el título *La Holanda y el rey Luis*, son verdaderamente notables. Dice que los holandeses distinguidos que viajaban por Italia no pasaban por Florencia sin ir á ofrecer sus respetos á su antiguo rey, que los recibía con afabilidad, hablándoles de Holanda é interesándose siempre por lo que sucedía. M. Alberto Reville opina que la historia de Luis Bonaparte deja en resumen, en el ánimo de los que le estudian, una impresión muy melancólica, y que los errores que pudo cometer no guardan proporción con sus infortunios. «El país en que reinó, que no le deseaba, que ni siquiera pensó en llamarle de nuevo, aunque hubiera podido, este país es el mejor juez de su conducta como rey. Pues bien: imposible es reconocer que Holanda, sin distinción de partidos ni opiniones, ha conservado de Luis Bonaparte un afectuoso recuerdo. En nada se asemeja, ni remotamente, ese sentimiento del pueblo holandés á una fidelidad dinástica cualquiera; pero no resulta menos cierto que, cuando se habla en Holanda del príncipe que rigió los destinos del país desde 1806 á 1810, se oye llamarle con más frecuencia el *buen rey Luis*.» M. Alberto Reville tiene razón al añadir que este título vale más que los muchos calificativos fastuosos inventados por la lisonja.

No habiendo podido Luis Napoleón asistir á los últimos momentos de su pa-

dre, y no hallándose autorizado para ir á Italia ó á Suiza, permaneció en Inglaterra hasta la revolución del 24 de febrero. A principios de 1847 se alojó en Londres, en una de las casas nuevas de King street, Saint James; y el 15 de febrero escribía á M. Vieillard: «Estoy instalado desde hace quince días en una nueva casa, y por primera vez en siete años disfruto de la satisfacción de hallarme en mi propio domicilio. Reuno todos mis libros, mis álbums, mis retratos de familia, y en fin, todos los objetos preciosos que se han salvado del naufragio. El retrato del emperador por Pablo Delaroche es magnífico; este generoso regalo me ha complacido en extremo y constituye el más hermoso y preciado adorno de mi salón.»

La vida del príncipe participaba á la vez de la del hombre de trabajo y la del hombre de mundo; frecuentaba igualmente los salones y las bibliotecas, y ocupábase en un proyecto de canal de Nicaragua entre el Atlántico y el Pacífico, preparando también una nueva edición de su *Manual de Artillería*. Habíase dicho que, fiel á la promesa que hizo al embajador de Francia, no se mezclaba en los asuntos políticos. No se mostraba ya pretendiente sino por sus liberalidades para aquellos de sus partidarios que carecían de recursos.

Por otra parte, la causa bonapartista parecía absolutamente perdida; y á pesar de la agitación parlamentaria, creíase que la dinastía de Luis Felipe estaba bien firme. Un trono sostenido por príncipes jóvenes, valerosos y populares, no podía, aparentemente, correr ningún peligro. No había partido bonapartista ni en las Cámaras ni en la prensa, ni en el ejército ó la marina, ni en el país legal ó en las masas. Se conservaba el culto al emperador muerto en Santa Elena; pero nadie creía en una resurrección del Imperio. Los mismos Bonapartes parecían haber renunciado á todo pensamiento ambicioso. El rey José había muerto sin posteridad masculina; los hijos de Luciano, difunto también, eran todos súbditos del papa y príncipes romanos; y el rey Jerónimo había obtenido en septiembre de 1847 autorización para permanecer en Francia tres meses con su familia; pero esta permanencia parecía que iba á ser definitiva. Al antiguo rey de Westfalia se le había prometido una pensión anual de cien mil francos, y hasta se dice que el rey Luis Felipe le reservaba el nombramiento de par de Francia. Su hijo el príncipe Napoleón había sido recibido con benevolencia por el rey, que notó, según dicen, la instrucción é inteligencia de aquel joven, cuya hermana, la bella princesa Matilde, casada desde 1840 con un gran señor ruso, el príncipe Demidoff de San Donato, frecuentaba el salón de la reina María Amelia. Aquel que hubiese predicho, á fines de 1847, que un año después el príncipe Luis Napoleón sería, por las vías legales, jefe del gobierno francés, habría sido tratado de loco.

El pretendiente era el único que creía en su estrella, y en su retiro de Londres, tan tranquilo al parecer, esperaba con paciencia el momento en que aquella brillase en un horizonte completamente nebuloso aún. Refiérese que su prima lady Douglas, hija de la gran duquesa Estefanía de Baden, habiendo ido á

verle á Inglaterra, le dijo: «Ahora que estáis libre, ¿os resignaréis por fin al reposo? ¡Renunciad á esas ilusiones que tan caras os han costado y cuyos crueles desengaños han sentido tan vivamente todas las personas que os aman! — Prima mía, contestó el príncipe, yo no soy dueño de mi persona; pertenezco á mi nombre y á mi país; y si la fortuna me ha sido adversa dos veces, no por eso dejaré de cumplirse mi destino.» La hora esperada por el infatigable conspirador debía sonar muy pronto.